ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

# ¡SOLA!

COMEDIA EN UN ACTO

ARREGLADA Á NUESTRA ESCENA

POR

EDUARDO SANCHEZ DE CASTILLA

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1884

# AUMENTO Á LA ADICION AL CATÁLOGO PUBLICADA EN 1.° DE JUNIO DE 1883.

## COMEDIAS Y DRAMAS.

| Hombs. | Mujers. | TÍTULOS. | ACTOS. | AUTORES. | Parte que corresponde á Administracion |
|---|---|---|---|---|---|
| » | » | Adios mi renta | 1 | D. Enrique Prieto | Todo. |
| » | 1 | Antes del baile, monólogo | 1 | Augusto Mosquera | » |
| 1 | 1 | Azuqueca, dos minutos! | 1 | Casañ y Romea | » |
| » | » | Barro y cristal | 1 | César Gginacoi | » |
| " | " | ¡Bateo!... ¡Bateo! | 1 | Sres. Luceño y Romea | » |
| » | » | Buenas noches, señores | 1 | D. Miguel Casañ | » |
| » | » | Casi... casi | 1 | Felipe Perez Gonzalez | » |
| 3 | 2 | Con Luz y á oscuras-j. o. v. | 1 | Felipe Perez y Gonzalez | » |
| 4 | 2 | Coquetina-j. o. v. | 1 | Francisco J. Godo | » |
| 2 | 3 | Correo de la Habana-c. o. p. | 1 | Mariano Pina | » |
| " | " | De pesca | 1 | Francisco Flores García | » |
| " | " | Dos y dos... dos | 1 | Juan Chazarri | » |
| " | " | El capitan García (*poema*) | 1 | José Velarde | » |
| » | 1 | El dedal de plata, monól.° o. v. | 1 | Manuel Reina | » |
| » | » | El grajo de la fábula | 1 | Eusebio Sierra | » |
| » | » | El hombre de las gafas | 1 | Francisco Flores García | » |
| » | » | El maestro Palomar | 1 | J. Redondo y Menduiña | » |
| 3 | 2 | El oso y el centinela | 1 | Felipe Perez y Gonzalez | » |
| 3 | 2 | El sobrino aparecido | 1 | J. G. y E. | » |
| 5 | 2 | Entre la espá y la paré (par.ª) | 1 | F. Perez Gollantes | » |
| 7 | 3 | Gabinetes particulares | 1 | Mariano Barranco | » |
| » | » | Hija por hija | 1 | Salvador Carreras | » |
| » | » | Hecho un San Lázaro | 1 | Sres. Navarro y Casañ | » |
| 2 | 2 | Juan y Pedro | 1 | D. José Estremera | » |
| 7 | 4 | La Adelfa (parodia) | 1 | F. Perez Collantes | » |
| 3 | 4 | La calle de Toledo-j. o. v. | 1 | José Lopez Silva | » |
| » | » | La cigarra y la hormiga | 1 | Francisco Macarro | » |
| " | " | La trucha de oro | 1 | E. Sanchez Castilla | » |
| » | 1 | Las cartas de Leona | 1 | Rubio y Flores García | » |
| » | » | Las macetas (monólogo) | 1 | E. Perillan y Buxó | » |
| » | » | Los bolsistas | 1 | Juan Redondo y Menduiña | » |
| » | » | Los pantalones | 1 | Mariano Barranco | » |
| » | » | ¡Madre! (Monólogo) | 1 | José María Ortega | » |
| 7 | 7 | Madrid, Zaragoza-Alicante | 1 | Mariano Pina Dominguez | » |
| 5 | 3 | Mapa-Mundi | 1 | Francisco Flores García | » |
| » | » | Marron glacé | 1 | Mariano Barranco | » |
| 2 | 2 | Mellizos-c. o. v | 1 | Francisco J. Godo | » |
| » | » | ¿Nos casamos? | 1 | Adolfo Llanos | » |
| 3 | 2 | Paso atrás | 1 | Ramon Marsal | » |
| " | " | ¡Pobrecito! | 1 | J. Sanchez Arjona | » |
| » | » | Pólvora en salvas | 1 | Eduardo Aulès | » |
| » | » | Salto de garrocha | 1 | Francisco Macarro | » |
| » | » | Sanguijuelas del Estado | 1 | Ricardo de la Vega | » |
| » | » | ¡Sola! | 1 | Eduardo Sanchez Castilla | » |
| 5 | 2 | Sr. D. Frutos Verdes | 1 | F. Perez Collantes | » |
| 2 | 3 | Tiquis miquis | 1 | Vital Aza | » |
| » | » | Tot cor | 1 | Eduardo Aulés | » |
| » | » | Tute de yernos | 1 | Pedro Gorriz | » |
| 2 | 2 | Un marido impertinente-j. o. v. | 1 | Sres. Godo y Rahola | » |
| » | » | Un matrimonio á muerte | 1 | D. Pedro Escamilla | » |
| » | » | Vestirse de largo | 1 | Mariano Pina Dominguez | » |
| » | » | Adios Madrid | 2 | Sres. Aza y Ramos Carrion | » |
| " | " | De Herodes á Pilatos | 2 | D. Eusebio Sierra | Mitad. |
| » | » | La prima donna | 2 | C. Navarro | Todo. |
| 3 | 2 | La suegro-fobia | 2 | Francisco Macarro | " |
| " | " | Las de Villadiego | 2 | C. Navarro | " |
| » | » | Suegro, padre y alguacil | 2 | E. Sanchez Castilla | " |
| 5 | 3 | Arturo | 3 | Valentin Gomez | " |
| 7 | 5 | Demi-monde-c. t. p | 3 | Luis Valdés | " |
| 6 | 2 | El primer paso-t. o. v. | 3 | Dío A. Valdivieso | " |
|  | 3 | El roble herido | 3 | Valentin Gomez | " |
| » | » | Herencias del alma | 3 | Joaquin Arjona | " |
| » | » | La Taberna (L' Assommoir) | 3 | Mariano Pina Dominguez | Mitad. |
| » | » | La cola del gato (mágia) | 3 | M. Pina Dominguez | Todo. |
| " | " | La ducha | 3 | Mariano Pina Dominguez | " |
| 5 | 4 | La Pasionaria | 3 | Leopoldo Cano | " |
| 7 | 5 | La primera noche | 3 | Dío A. Valdivieso | " |
| 6 | 3 | Las dos Ineses | 3 | E. B. | " |
| » | » | Las vengadoras | 3 | Eugenio Sellés | " |
| 8 | 4 | Las violetas de fuego (Mágia) | 3 | Juan J. Chazarri | " |
| " | " | Luchas titánicas | 3 | Pedro Marquina | " |
| " | " | Mártires ó delincuentes | 3 | Francisco Pleguezuelo | " |

# ¡SOLA!

COMEDIA EN UN ACTO, ARREGLADA A NUESTRA ESCENA

POR

**EDUARDO SANCHEZ DE CASTILLA**

Estrenada con gran éxito en Madrid, en el TEATRO ESPAÑOL,
la noche del 16 de Abril de 1884



MADRID: 1884
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| ADRIANA............. | Srta. Calderon. |
| CECILIA................ | Sra. Fernandez Lozano. |
| DANIEL................ | Sr. Morales. |
| EL VIZCONDE......... | » Balaguer. |
| DON MARTIN.......... | » Altarriba. |

A LA SEÑORA

**Doña Antonia Quesada de Sanchez de Castilla**

Madre mia: *Aunque la idea primordial de esta obra no me pertenece, yo la he revestido con el lenguaje del sentimiento, acordándome de tí miéntras mi pluma corria sobre el papel saltando por encima de mis lágrimas. Es la primera comedia que he escrito con el corazon: el público la ha premiado con su aplauso; los actores la han representado con verdadero cariño, y al publicarse en letras de molde, su escaso valor se centuplica, porque lleva al frente tu nombre; el nombre de una madre buena y cariñosa.*

*Si estos renglones pueden servirte de algun consuelo en medio de tus pesares, habrá alcanzado la recompensa más valiosa á que puede aspirar tu hijo*

Eduardo Sanchez de Castilla
y Quesada

# ACTO ÚNICO.

Gabinete adornado y amueblado con el mayor lujo posible. Puerta en el foro y laterales. Balcon á la derecha, en primer término. Mesa, entredos ó chimenea, con espejo y reloj, á la izquierda. Sobre los muebles habrá esparcidos muchos ramos de flores, y estuches de alhajas.

## ESCENA PRIMERA.

CECILIA.—DANIEL, que entra por el foro.

CEC. Pase usted, señor Daniel; pase usted... Tanto tiempo sin verle!

DAN. Y tu señora?

CEC. Está despachando con su administrador.

DAN. El bueno de don Martin! Vendrá á felicitar á su administrada, y á recordarle que estamos en dias de aguinaldos.

CEC. La señora no necesita que la recuerden lo qué ha de hacer. Esta mañana, cuando entré á vestirla, me puso en la mano un billete de cincuenta pesetas y me dijo: «Toma, Cecilia, y te dejo en libertad para que esta Nochebuena la pases con tu familia.»

DAN. No tienes poca suerte en servir á una señora tan generosa. Bien es verdad, que al que nada

en la opulencia no le cuesta gran trabajo otorgar á sus servidores las migajas del festin de la vida. Veo que hoy el Cuerno de la Abundancia ha derramado aquí sus dones. (Por las flores y los estuches.)

CEC. Desde las primeras horas del dia no han cesado de enviar regalos á la señora. Es un verdadero diluvio.

DAN. Yo tambien le traigo mi aguinaldo.

CEC. Usted?

DAN. Te extraña que un pobre artista se permita ese derroche? Pues te aseguro que mi dádiva encierra más valor que todos esos estuches reunidos.

CEC. Y se puede saber en qué consiste?

DAN. No hay inconveniente. Se trata de un antiguo retrato de la madre de tu señora, que mi pincel ha restaurado con el mayor esmero. Le he encerrado despues en un marco en forma de caballete, á fin de que pueda colocarse sobre una mesa ó sobre la chimenea. (Lo saca del bolsillo.)

CEC. A ver, á ver. (Lo examina.) Ay, qué bien está!

DAN. Si tú no la conociste!

CEC. Pero como usted aprecia tanto á la señora, y es usted tan buen pintor, no vacilo en asegurar que la restauracion de ese retrato es una obra maestra.

DAN. Te doy gracias por tu desinteresado elogio. (Se guarda el retrato.)

CEC. Es lástima que casi todos los artistas sean pobres.

DAN. Eso consiste en que solo hay un arte capaz de salvar á un hombre de la miseria.

CEC. Cuál?

DAN. El arte de hacer fortuna, que no se aprende en ningun colegio.

CEC. Ya!

DAN. Hablando de otra cosa: á qué altura se hallan las relaciones de tu señora con el Vizconde?

CEC. No lo sé á punto fijo. Desde que murió el señor Marqués, el galanteador más obsequioso y más asíduo de la señora es el Vizconde; pero me pa-

rece que pierde el tiempo, como todos, si no se decide á que el señor cura intervenga en el asunto.

DAN. Dudo que el Vizconde opte por ese extremo. Cuando una mujer de ciertas condiciones se ve asediada por un sinnúmero de galanteadores de profesion, éstos la consideran como un objeto de lujo, que cada cual desea para sí, áun á costa de su fortuna, pero no á costa del matrimonio.

CEC. Lo cual es una picardía.

DAN. Sí, una picardía que las mujeres pueden prever casi siempre.

CEC. Pues si á mí cualquier señoron de esos me hiciera la córte...

DAN. Tranquilízate. Creo que no llegará ese caso.

CEC. A mí me parece que el señor Vizconde ama de véras á la señora.

DAN. Pero ella no le amará nunca.

CEC. Por qué?

DAN. Tengo mis razones para hablar así. Conozco mucho el corazon de tu señora.

CEC. Ya. Como son ustedes amigos de tanto tiempo... Y eso que rara vez pone usted los piés en esta casa.

DAN. Es que el lujo me asusta; me pone de mal humor.

CEC. Y á mí me causa envidia.

DAN. Eso es natural. (Toma su sombrero.)

CEC. Qué! ¿no espera usted á la señora?

DAN. Tarda mucho en salir, y tengo ahora que hacer; pero volveré muy pronto. Ah! No la digas que he estado aquí. Quiero sorprenderla con mi regalo.

CEC. Descuide usted.

DAN. Hasta luégo. (Vase foro derecha.)

CEC. Vaya usted con Dios, señor Daniel (Vase detras de él.)

## ESCENA II.

ADRIANA y DON MARTIN, por la izquierda.

ADR. Sí, amigo mio: es usted el dechado de los administradores. (Se pasea por la escena, seguida de don Martin.)

MART. Señora, usted me confunde, me...

ADR. Quedamos en que el tronco de mi landó será reemplazado inmediatamente.

MART. La Marquesa de Bellaflor vende su soberbio tiro de yeguas. Dicen que está arruinada y que se marcha al extranjero.

ADR. Bien: pues le compra usted por lo que pidan.

MART. Se comprará. Va usted á causar la envidia del mundo elegante.

ADR. No será extraño. Hace algun tiempo que las damas de más fuste se dedican á imitar todos mis caprichos.

MART. Porque hacen justicia al buen gusto de usted.

ADR. Si no copiaran más que mi buen gusto... pero se enamoran hasta de mis extravagancias. El otro dia tuvo mi modista la deplorable ocurrencia de confeccionarme un abrigo color de chocolate y del córte más horroroso que nadie pueda imaginar. Estoy segura de que mi doncella lo hubiera rechazado. Pero yo estaba de buen humor, me disponia á salir, y tuve el capricho de colocarme aquel adefesio. Pues... ¿lo creerá usted, don Martin? A los pocos dias conté en la Castellana cuarenta y tantos abrigos color de checolate, idénticos al mio. Yo no pude ménos que reirme... y... ya ve usted... (Riéndose progresivamente.) sólo al recordarlo no puedo contener la risa.

MART. (Riéndose.) Je, je! Y yo tambien me rio.

ADR. Oh! Pero mis competidoras iban todas muy sérias, embutidas en su uniforme color de chocolate. (Se oye un rumor lejano de panderetas y tamboriles.) Eh? Qué es eso?

MART. Qué ha de ser? Los vecinos, que ya empiezan á celebrar la Nochebuena.

ADR. A propósito. Le convido á usted á cenar.

MART. Ay, señora! Agradezco muchísimo tan señalado favor; pero...

ADR. Qué?

MART. Le suplico que me dispense...

ADR. Ah! (Contrariada.)

MART. Ya sabe usted .. esta noche... es natural que uno cene con su familia... Es la tradicion... la... Usted no se ofenderá por eso.

ADR. No, señor, ¡qué disparate!

MART. Cualquier otro dia tendré á mucha honra...

ADR. Es que cualquier otro dia tal vez no me dé la humorada de invitarle á usted.

MART. Señora, crea usted que siento infinito...

ADR. (Con naturalidad, y volviéndole la espalda.) Bien, bien, puede usted retirarse cuando guste. Yo creo que nó ha de faltarme compañía.

MART. Oh! pues ¿quién lo duda? Sería muy triste cenar solo en una noche como esta.

ADR. Aunque no sea más que por respeto á la tradicion. (Con ironía.)

MART. Justo. Conque, si usted me da su permiso...

ADR. Adios, don Martin. (Con mucha indiferencia.)

MART. Hasta mañana. (Vase por el foro derecha.)

## ESCENA III.

ADRIANA.—Despues, CECILIA.

ADR. (Se sienta con displicencia en el sofá.) La tradicion! La familia! Son cosas que oigo nombrar á cada paso, pero cuyo valor me parece que se exagera demasiado. Yo, por mi parte, celebro no haber conocido á ninguno de mis parientes. Estoy sola en el mundo... sola .. con mis alhajas, que tantos me envidian, porque son las mejores compañeras. (Toca el timbre.)

CEC. (Por el foro.) Señora.

ADR. Ha venido el señor Daniel?

CEC. El señor... (Titubeando.) No, no ha venido. (Por poco se me escapa.)

ADR. Es extraño! Me prometió devolverme hoy mismo el retrato que se llevó el otro dia.

CEC. Ya lo traerá. El señor Daniel es un excelente sujeto y cumplirá su palabra. Yo le quiero mucho.

ADR. Hola!

CEC. Como artista, se entiende. Deliro por todo lo que sea arte.

ADR. Por qué no te dedicas al teatro?

CEC. Al teatro! Eso es muy difícil.

ADR. No lo creas. Yo he representado una vez por gusto, y me aplaudieron á rabiar.

CEC. De véras? Mire usted, me gustaría ser actriz; pero se cuentan tantas cosas del teatro...

ADR. Sí, se cuentan... muchos cuentos. El teatro es un mundo abreviado, Cecilia, y en él hay de bueno y de malo, como en todas partes.

CEC. Eso digo yo: la que es honrada... (Pausa.)

ADR. (Tomando una postura de abandono, sentada en el sofá.) Dime, Cecilia, ¿conoces tú una mujer más dichosa que yo?

CEC. Ninguna.

ADR. Suelo tener á mis plantas los hombres más distinguidos de Madrid; las señoras más elegantes copian mis trajes y mis adornos; hay en mis cocheras lujosos trenes, y en mis estuches joyas riquísimas. Cuando me presento en público, un murmullo de admiracion se extiende en torno mio, todas las miradas se fijan en mí, y todos los corazones palpitan de envidia. ¿Qué puede faltarme para ser completamente feliz? Nada

CEC. Pues... sí, señora. A mí me parece que le falta á usted todavía...

ADR. Qué?

CEC. Tener una familia, un marido con quien compartir la felicidad, la riqueza.

ADR. Bah! ¿Tan necesario es eso?

CEC. Cuando se tiene madre, no; pero cuando se queda una sola...

ADR. (Sola!) Yo podria casarme con el Vizconde, ¿no es verdad?

CEC. Si él la quiere á usted...

ADR. Mucho. No tengo más que decidirme: me caso antes de quince dias. (Cecilia mueve la cabeza en señal de duda.) ¿Lo dudas? Pues voy á hacer contigo una apuesta.

CEC. Conmigo?

ADR. Si me caso con el Vizconde, te doblo el salario desde primero de año.

CEC. Y si no?...

ADR. Entónces... te lo doblo tambien.

CEC. Convenido, convenido.

## ESCENA IV.

DICHAS.—EL VIZCONDE, por el foro.

VIZC. Se puede?

CEC. El es. (Bajo á Adriana.)

ADR. (Brava ocasion!) Adelante, Vizconde. (Bajo á Cecilia.) (Antes de marcharte, di que nos preparen la cena.

CEC. Está muy bien. (Vase foro izquierda.)

ADR. Cómo tan tempranito por acá?

VIZC. Estaba impaciente por ofrecer á usted mi regalo de Pascua. (Se sienta á su lado.)

ADR. Qué tontería!

VIZC. Ya sé que un obsequio más no ha de causarle á usted gran efecto; pero hay una circunstancia esta vez que debe lisonjear su amor propio.

ADR. Sí? Qué es ello?

VIZC. Se trata del magnífico tronco de yeguas que vendia la Marquesa de Bellaflor. Hoy mismo le he comprado para tener el gusto de regalárselo á usted.

ADR. Mil gracias, Vizconde. Precisamente acabo de dar órden á mi administrador de comprarlo á cualquier precio.

VIZC. Pues celebro el haberme anticipado.

ADR. Siempre adivinando mis deseos!

VIZC. Privilegio del verdadero amor.

ADR. Hay otros medios de probar que se ama de véras.

VIZC. La autorizo á usted para que los emplee.

ADR. Haré uso de esa autorizacion esta misma noche.

VIZC. Veamos.

ADR. Más tarde; de sobremesa.

VIZC. De sobremesa?

ADR. Sí: le invito á usted á cenar conmigo.

VIZC. (Diantre!) Adriana, lo siento mucho; pero...

ADR. Qué?

VIZC. Hoy me veo precisado á cenar en casa. Me espera mi madre.

ADR. Eso no importa. Le pone usted dos letras excusándose, y asunto concluido.

VIZC. Usted pronto lo arregla.

ADR. Como que no hay nada más fácil.

VIZC. Si se tratára de otro dia... pero hoy es la fiesta clásica de las familias. Aunque yo como en casa muy pocas veces, si faltase esta noche, creeria mi madre que me habia sucedido alguna desgracia.

ADR. Pero haciendo usted lo que le digo...

VIZC. Usted no conoce á mi madre, Adriana. Figúrese usted una señora que conserva en toda su pureza las tradiciones de nuestros antepasados. Todo puede cambiar para los demás; para ella, no cambia nada. De carácter adusto y ceremonioso, sólo dos dias en el año se digna depositar un beso sobre mi frente Hoy es uno de ellos; el otro, el dia de su santo. Es un beso grave, solemne, que yo recibo lleno de emocion y agradecimiento, por lo mismo que tan raras veces me es dado disfrutarlo. Dígame usted ahora si no debo desear con impaciencia que llegue ese dichoso instante.

ADR. Y si estuviese usted imposibilitado de asistir? ¿si cayese usted enfermo?

VIZC. Entónces, revestida con el augusto carácter de hermana de la caridad, mi madre estaria á mi lado, velaria junto á mi lecho y refrescaria mis labios, no con uno, sino con un millon de dulcísimos besos, creyendo firmemente que su bené-

fico influjo ahuyentaba de mí las sombras de la muerte.

ADR. Todo eso es muy poético, muy conmovedor... pero... yo quiero que usted se quede... se lo suplico á usted, Gerardo. (Con mucha zalamería.) No me deje usted sola esta noche. Mañana verá usted á su madre.

VIZC. Adriana...

ADR. Es un capricho, uno de esos mil caprichos á que usted accede todos los dias por complacerme. Usted no se marchará, ¿eh? ¿No es cierto que usted no se marchará, Gerardo? (Con mucha gachonería, poniéndole las manos sobre los hombros.) Cenarémos juntos, sí?

VIZC. Imposible.

ADR. Imposible! Entónces... es decir que usted no me ama!

VIZC. Que no la amo á usted porque hoy no cenamos juntos? Vaya una ocurrencia! Cenarémos mañana, pasado, todos los dias si es preciso.

ADR. No; hoy. Lo quiero, lo mando.

VIZC. Los reyes solo dicen: «mandamos, queremos...» Vamos, Adriana; hay un medio de arreglarlo todo. Demore usted la hora de cenar; yo corro á mi casa, y en cuanto me sea posible, vendré á hacerle á usted compañía.

ADR. Ah! Pero usted se figura que yo no tendria con quién cenar si quisiera?

VIZC. No lo digo por tanto. Le propongo á usted una especie de transaccion. Conque quedamos convenidos, ¿eh? (Toma su sombrero y se dirige al foro.)

ADR. Vizconde! (Con imperio.)

VIZC. (Deteniéndose.) Qué?

ADR. Si traspasa usted el umbral, esa puerta no volverá á abrirse para usted.

VIZC. Adriana!

ADR. Está dicho.

VIZC. Esa tenacidad es tan injustificada como excesiva.

ADR. Usted dice que me ama, y yo deseo aquilatar ese amor. No soy una mujer cualquiera, una modistilla á la que basta dedicar algunas horas

de fastidio, deslumbrándola con alardes de prodigalidad ó de riqueza. Yo exijo más que eso para convencerme de que no soy un objeto de lujo para nadie.

VIZC. Adriana, usted me ofende al hablar de ese modo, y no quisiera recordarla...

ADR. Qué? Alude usted á la estocada que dió al pobre Arturo, porque se empeñó en galantearme? Vaya una heroicidad! Batirse con un pollo, un chicuelo, á quien debe usted estar agradecido, porque con su inexperiencia proporcionó á usted una magnífica ocasion de acreditarse como espadachin.

VIZC. Señora!! (Con ira.)

ADR. Qué? (Mirándole con mucho descaro.)

VIZC. (Serenándose.) La obcecacion es nube momentánea del entendimiento, y yo... no puedo tomar en serio la actitud de usted. Solo me resta decirla que hay deberes en la vida, fútiles en la apariencia, pero sagrados y respetables en el fondo. (Adriana se sonríe irónicamente.) Tanto peor para usted si los desconoce. (Irritado al ver la actitud de Adriana, y cada vez con más vehemencia.) Yo he puesto á esas plantas mi fortuna y mi vida; pero no hay nadie en el mundo, sea quien sea, llámese como se llame, que me obligue á olvidar en un solo dia el amor que siempre he profesado á la que me tuvo en sus entrañas.

ADR. (Aparte con rabia.) (Oh!)

VIZC. Para mí lo primero es mi madre; despues, la persona que más la respete! (Se dirige al foro.)

ADR. Un momento. Yo no cenaré sola. Se lo prevengo á usted.

VIZC. Es una amenaza?

ADR. Es... una advertencia.

VIZC. Con... quién piensa usted cenar?

ADR. Con el primero que se presente.

VIZC. Entónces... (Con indiferencia, y dando un paso hácia el foro.)

ADR. (Rápidamente.) Con Arturo.

VIZC. (Volviéndose.) Con Arturo! (Esforzándose para contenerse.) Usted no hará esa tontería.

ADR. Ahora mismo voy á escribirle.

VIZC. Usted no le escribirá!

ADR. Yo haré lo que me parezca.

VIZC. Oh! (Avanza hácia ella con ademan amenazador, pero conteniéndose en seguida. Adriana lanza un gemido de terror.) Me marcho. Ahora más que nunca necesito sentir aquí (En la frente.) el beso de mi madre!! (Vase por el foro.)

## ESCENA VI.

ADRIANA.—Despues, CECILIA.

ADR. Orgulloso y egoista como todos! Se arrastra á mis piés, me dice que me adora, y al llegar el momento de la prueba, la adoracion se convierte en humo. No son palabras, no es incienso lo que yo necesito. Quiero ménos adoracion y más amor. Soy bastante rica para dejarme humillar por nadie, y ya es tiempo de que todos se humillen ante mí. (Toca el timbre.)

## ESCENA VII.

ADRIANA.—CECILIA, con otro vestido.

ADR. Está preparada la mesa?

CEC. Sí, señora; pero como he visto salir al señor Vizconde...

ADR. No importa. Haz que la traigan aquí. (Cecilia desaparece por el foro, y vuelve á salir en union de dos lacayos, que conducen una mesa con dos cubiertos. Los lacayos se marchan en seguida por el foro.) Cree usted, señor aristócrata, que es tan difícil sustituirle á usted? A mí me basta para ello con el último de mi servidumbre. Cecilia.

CEC. Señora.

ADR. Esta Nochebuena te ha favorecido la fortuna. Siéntate. (Indicando la mesa.) Vas á cenar conmigo.

CEC. (Sobrecogida.) Ay! Qué dice usted, señora?

ADR. Déjate de escrúpulos. A la mesa.

CEC. Pero ¿usted no recuerda ya...

ADR. Qué?

CEC. La señora me ha dado permiso para ausentarme esta noche.

ADR. Y á dónde vas?

CEC. A dónde he de ir? A cenar en mi casa.

ADR. Bah! Irás otro dia. Siéntate.

CEC. Señora... yo... la verdad... no quisiera desairarla á usted; pero mi madre está consentida en que voy: es una costumbre de todos los años...

ADR. Y si yo te prohibiese salir?

CEC. Por Dios, no diga usted eso: mi madre es muy viejecita; sabe Dios si vivirá el año que viene, y yo no debo darla el disgusto de faltar esta noche.

ADR. Es decir que te rebelas abiertamente?

CEC. Yo... no sé si me rebelo; lo que sé es que primero es mi madre!!

ADR. Basta! Véte de mi casa para siempre! Lo oyes? para siempre!

CEC. Cómo! Me despide usted?

ADR. Sí, no quiero ingratos á mi lado.

CEC. Ingrata yo porque adoro á mi madre! Ay, señora, bien se conoce que está usted sola en el mundo!!

ADR. Véte! Quítate de mi presencia!

CEC. (Sollozando.) Sí, me marcho; pero cuando usted reflexione, verá la injusticia que comete conmigo. (Vase por la segunda puerta izquierda.)

## ESCENA VIII

ADRIANA.—Despues, DANIEL.

ADR. Injusta yo, que sufro las impertinencias de todos; que tolero que se abuse de mí, que me llenen la casa con todas estas baratijas que para nada me sirven! (Coge furiosa los ramos de flores y los arroja por el balcon.) Ya estoy harta de ser condescendiente. No necesito de nadie para ser dichosa! De nadie! (Suena el ruido lejano de pande-

retas y tamboriles.) Y esas necias gentes, que con su algazara estúpida parece que tratan de irritarme! (Cierra violentamente el balcon. Cesa el ruido.) No lo conseguirán. Yo me burlo de sus fiestas de familia; de sus tradicionales cenas de Navidad; yo me burlo de todo el mundo, porque no hay nada que me interese; porque todo me sobra... porque no creo en nada!! (Pausa, durante la cual extiende una mirada á su alrededor.) Qué soledad! Y Daniel que me dió su palabra de venir esta noche! Fíese usted tambien de los amigos! No hay más que farsa en esta vida! Dios mio, Dios mio, cuántos desengaños en una hora! (Se deja caer tristemente en el sofá.)

## ESCENA IX.

DICHA.—DANIEL, por el foro, cargado de ramos de flores.

DAN. No es mal chaparron el que ha descargado sobre mí al entrar en la casa! Pobres flores! quién habia de deciros, cuando os arrancaron despiadadamente de vuestro tallo, que habíais de ser tratadas con tal desprecio, áun ántes de que vuestra juventud se marchitára! (Deja las flores sobre el velador.) Buenas noches, Adriana.

ADR. Ah! Eres tú, Daniel? (Sin volver la cara.)

DAN. (Observándola, pero sin acercarse.) A mí me parece que sí. Te traigo el retrato, segun mi promesa, restaurado por el pincel de la amistad. (Le saca del bolsillo y se pone á contemplarlo.) Qué tipo tan interesante el de esta simpática anciana con su papalina negra! Usted, señora, no conoció más que el dolor y las privaciones, pero va usted á ocupar un puesto distinguido entre el lujo que rodea á su afortunada hija. (Coloca el retrato solemnemente sobre la chimenea.) Adriana, vén á ver qué te parece. (Se vuelve hácia ella, que permanece inmóvil.) Calle! Qué es eso? Estás enfadada conmigo?

ADR. Contigo? No.

DAN. Pues será con otro. (Pausa.) No me contestas?

ADR. Si no tengo nada.

DAN. (Remedándola.) Si no tengo nada. Vamos, cuéntame la verdad.

ADR. Le aseguro á usted que...

DAN. Hola, hola! con su *usted* y todo? Voy á relatarte una historieta, por ver si consigo disipar las nubes que oscurecen ese bello semblante. (Se sienta á su lado.) Hace algunos años, eran vecinos de buhardilla... mejor dicho, de palomar, dos jóvenes de distinto sexo. Ella era huérfana, y vivia estrechamente con las economías que le dejó al morir su buena madre. El era un jóven artista, que se pasaba los dias empleando inútilmente los colores de su paleta, y las noches en buscar recursos para comprar colores. Los dos vecinos simpatizaron, se hicieron amigos, verdaderos amigos, y se comunicaban mútuamente sus temores, sus deseos y sus esperanzas. Andando los tiempos, la jóven encontró un protector muy rico, que al morir la dejó un capital. El pintor sigue pobre, no tanto como ántes, pero en fin, pobre. Será la diferencia de fortunas lo que ha entibiado la amistad de Adriana hácia el pintor Daniel?

ADR. Oh! Nunca! (Le tiende una mano, que él conserva entre las suyas.)

DAN. (Muy cariñoso.) Entónces, á qué esa reserva conmigo? Vamos, confia tus penas al amigo, al hermano, como en los tiempos de la miseria; como en los dias tal vez más felices del palomar.

ADR. Pero si yo misma no puedo explicarme...

DAN. Continúa.

ADR. Ya ves: hoy he recibido multitud de regalos.

DAN. Lo cual no es motivo de tristeza.

ADR. Han venido á verme algunos amigos... (Rectificando.) algunos conocidos... Todo parecia combinarse para mi alegría, y... ¿lo creerás, Daniel? Ni una sola persona ha querido cenar conmigo; hasta mi doncella ha rehusado el honor de sentarse á mi mesa, pretextando todos que hoy cenan en familia... que esa es la costumbre... que

la tradicion lo exige... ¿qué sé yo? Me han dejado sola, me han abandonado, y esa ingratitud ha causado en mi pecho una sensacion profundísima.

DAN. Comprendo: y en un acceso de ira, has arrojado por el balcon todas esas flores, apabullando mi sombrero. Siempre ha de pagar el inocente las culpas ajenas!

ADR. Pero no he tenido razon para incomodarme?

DAN. Ninguna.

ADR. Qué dices? Luego tú tambien...

DAN. Yo tambien hubiera rehusado tu convite, porque yo tambien ceno esta noche con mi madre, y no trocaria ese placer por todos los tesoros del universo. (Con vehemencia. Movimiento de Adriana.) Ten calma, y escúchame. El efecto que te ha producido lo que tú llamas ingratitud, es una prueba de que no careces de sensibilidad; pero lo es tambien de que tu corazon no está educado todavía, porque todavía no has conocido el sublime sentimiento del amor... esa santa embriaguez del alma, y no puedes formarte una idea del inestimable valor que tienen para los demás las caricias de una madre, porque tú eras muy niña cuando perdiste la tuya, y no la recuerdas siquiera. Yo mismo, en mis horas de amargo desaliento, en los instantes difíciles y angustiosos de mi existencia, he debido á los consejos de mi excelente madre el beneficio de recobrar la fé perdida; porque las palabras de consuelo que nos dirige un sér querido, refrescan nuestra ofuscada imaginacion tan dulcemente como besan las brisas de la aurora el puro rostro de un ángel que sonrie.

ADR. Ah! (Conmovida.)

DAN. Si tú hubieras disfrutado tanta ventura, si sintieras todavía palpitar en tus labios el tibio aliento de la que te alimentó con su sangre, verias cuán poderoso es su influjo; conservarias eternamente en tu pecho el sentimiento del amor filial, porque en las tiernas resonancias del corazon no existen el hoy ni el mañana; no hay más que *siempre!*

ADR. (Idem.) Daniel!

DAN. El amor es fuente inagotable de consuelo, que nos ayuda á soportar las asperezas de la vida; el amor es lo primero que aprendemos en el regazo de nuestra madre; ¿cómo no adorarla frenéticamente en pago de tanta felicidad?

ADR. (Con explosion.) Sí, sí, Daniel; tienes razon: yo soy una miserable, una insensata, á quien ofuscaba el brillo de una fortuna rápidamente obtenida; pero la luz de la verdad aparece al fin ante mis ojos. Yo te suplico que me perdones.

DAN. Perdonarte yo? Por qué?

ADR. Por haberme mostrado hasta aquí indigna de tu amistad; de la amistad de un hombre honrado.

DAN. Bien, pues si te empeñas en ello, te perdono.

ADR. Gracias, Daniel. Tú has sido esta noche mi ángel bueno.

DAN. La amistad sincera tiene deberes muy gratos, Adriana, y yo acabo de cumplir contigo uno de ellos.

ADR. Ahora, no te detengas más por mi causa. Corre al lado de tu madre.

DAN. Verdaderamente, ya va siendo hora de cenar; y sin embargo...

ADR. Qué?

DAN. No quisiera dejarte tan sola.

ADR. (Tristemente.) Y ¿cómo remediarlo? Yo... no tengo familia!

DAN. Sí... pero... la tengo yo, que es casi lo mismo.

AND. No te comprendo.

DAN. Digo que te vengas á mi casa, y allí cenarémos todos juntos.

ADR. A tu casa?

DAN. Cenarás mal, no lo dudes; pero en cambio, estarás entre amigos.

ADR. Es el caso...

DAN. Qué? Te asusta la idea de quedarte sin cenar despues de subir hasta un sotabanco?

ADR. Oh! ¿puedes creer?...

DAN. Entónces... Ah! Te prevengo que debes cambiar de vestido.

ADR. No estoy bien con éste?

DAN. Demasiado bien. Vas á colocarte uno más humilde, que podrá suministrarte tu doncella. (Adriana toca el timbre.) La decoracion de mi casa se aviene muy mal con la riqueza de los trajes.

ADR. Es obra de un momento. (Vuelve á tocar.)

DAN. No se da mucha prisa tu doncella.

ADR. Ay, Dios mio! Ya no me acordaba! Si la he despedido!

DAN. Cómo! ¿A Cecilia? ¿Por qué?

ADR. Porque no quiso acompañarme á... (Señalando la mesa.)

DAN. Pero Adriana, ¿es posible? Despedir á una chica tan buena!...

## ESCENA X.

DICHOS.—CECILIA, por la izquierda, ataviada para salir.

CEC. (Conteniendo los sollozos.) La señora ha llamado?

ADR. (Con alegría al ver á Cecilia.) Ah!

DAN. Sí. Qué hacías que has tardado tanto?

CEC. Qué hacía! ¿Qué habia de hacer sino llorar?

DAN. Bah, bah! No seas tonta: la señora está arrepentida de su ligereza, y yo te suplico, en su nombre, que la perdones.

CEC. Ah, señora, ¿es de véras? (Con mucha alegría.)

ADR. Sí, Cecilia; nunca te apartarás de mi lado.

CEC. Bien decia yo que cuando usted reflexionára...

ADR. Puedes marchar cuando gustes á reunirte con tu familia; pero ántes tengo que pedirte un favor.

CEC. Cuál?

ADR. Daniel y yo tenemos nuestro plan y necesito uno de tus trajes.

CEC. Señora, si son tan malos... Este es el más decente; si le quiere usted...

ADR. No; otro cualquiera.

CEC. Pues venga usted misma á escogerle.

ADR. Sí, mejor es. (A Daniel.) Vuelvo en seguida. (Vanse las dos por la segunda puerta izquierda.)

## ESCENA XI.

DANIEL.

DAN. Pobre Adriana, mil veces pobre en medio de tu lujo desenfrenado! ¿De qué pueden servirte las riquezas materiales que disfrutas, si con ellas no te es posible adquirir los purísimos goces del espíritu? Esta atmósfera me ahoga: las doradas partículas que flotan en ella oprimen mis pulmones. (Abre el balcon, y aspira el aire con fuerza.) Qué noche tan templada! Hola! Por lo que veo, los vecinos de enfrente tambien se disponen á festejarse. Magnífica mesa! Se conoce que no es un pobre artista el dueño de esa morada. Pero en todo lo que abarcan mis ojos no distingo más personas que una tierna parejita departiendo amigablemente. Ya: serán novios, y la familia estará ocupada... por allá dentro. Y cómo se animan! El la toma una mano... y se la besa. Pobrecitos! ¿á dónde irán á parar? (Cierra el balcon.) No quiero ser espectador de tales desmanes. Hé ahí lo que son las casas muy espaciosas. Miéntras unos andan por allá... otros se escurren por acullá para hacer de las suyas. En las casas pequeñitas no se pucde hacer nada que no esté santificado por el amor y por la religión á un mismo tiempo. De donde resulta que la moral se condensa mejor en estrecho recinto, y por lo tanto es aquí (En el corazon.) donde todos debemos encerrarla.

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHO.—ADRIANA, en traje humilde de calle.

ADR. (Dentro.) Adios, Cecilia, hasta mañana. (Entra en escena.) Veamos, señor artista, ¿qué tal estoy?

DAN. Encantadora; mucho más encantadora que con tus galas de costumbre. Me parece estar viendo á la solitaria paloma de otros tiempos, á la que pasaba noches enteras asomada á la ventana de su reducido albergue, interrogando á la casta luna sobre los misterios de su porvenir.

ADR. (Marcando las frases.) Luego me encuentras digna de ocupar un asiento en tu mesa?

DAN. Ya lo creo!

ADR. Y... ¿con qué carácter piensas presentarme á tu familia?

DAN. Con el carácter de una amiga, de una hermana. Te llamas Teresa, y eres modista. Por el camino nos ocuparémos de más detalles. Nada hay más fácil que engañar á las almas sencillas.

ADR. Y créos tú que yo debo consentir tan indigna superchería?

DAN. Eh? Qué dices?

ADR. Daniel, hablemos sériamente He querido poner á prueba tu amistad, y veo que es mucho mayor de lo que yo merezco... (Movimiento de Daniel.) de lo que tenía derecho á esperar de tí. Si yo fuera efectivamente Teresa la modista, no dudaria ni un instante en aceptar tu modesto festin. Pero abusar de la buena fé de una anciana, partir con ella esta noche el pan de la pobreza, y que mañana se vea precisada en la calle á apartarse á un lado para que no la atropellen los briosos caballos de mi coche, sería una infamia, un crímen, que yo no podria perdonarme jamás. (Se quita la mantilla.)

DAN. Adriana!

ADR. Estoy decidida. Yo no profanaré con mi presencia el humilde santuario de tu hogar. Desde hoy, y gracias á tu excelente corazon, el mio renace á una nueva existencia. Venderé mis joyas, mis carruajes, viviré la vida del recogimiento y de la caridad, para que la santa mujer que fué mi madre en la tierra me bendiga desde el cielo, ya que no me ha sido posible aspirar su último aliento en el supremo instante de su agonía!!!

DAN. Adriana, el recuerdo de esta noche no se bor-

rará jamás de mi memoria. Tú eres un ángel de bondad, á quien cegaba hasta hoy una venda de oro. Dichoso yo, si he conseguido arrancártela para siempre. Ahora, permíteme que insista con doble motivo en llevarte á mi casa.

ADR. No, Daniel: la mayor prueba de amistad que puedes darme en este momento es dejarme que permanezca aquí. Lo necesito, lo deseo.

DAN. Pero yo no puedo consentir que te quedes tan sola.

ADR. Sola! Si yo no estaré sola, Daniel!

DAN. Qué dices?

ADR. Yo tambien voy á celebrar la Nochebuena! Yo tambien voy á cenar ¡con mi madre! (Coge el retrato de la chimenea y lo coloca sobre la mesa.)

DAN. Ah!

ADR. La veo aquí (Por el retrato.) y la siento aquí! (En el corazon.)

DAN. (Con vehemencia.) Tu regeneracion es segura entónces. Adios, Adriana! (Se dirige al foro, y allí se detiene á contemplarla.)

ADR. (Cayendo de rodillas ante el retrato, y con la mayor explosion de sentimiento.) Madre mia, madre de mi corazon! madre de mi alma!! (Se apodera del retrato y lo besa frenéticamente. Daniel se lleva el pañuelo á los ojos, y desaparece.)

FIN DE LA COMEDIA.

## ZARZUELAS.

| Hombs. | Mujers. | TÍTULOS. | ACTOS. | AUTORES. | Parte que corresponde á la Administracion. |
|---|---|---|---|---|---|
| 4 | 3 | A un sí, un nó | 1 | Sres. J. Usúa y T. Reig | L y M. |
| " | " | Cambiar de clima | 1 | Costa y Rey | L. y M. |
| " | » | Cascabeles | 1 | D. Angel Rubio | M. |
| " | » | ¡Como está la Sociedad! | 1 | Sres. Búrgos, Rubio y Espino | L. y M. |
| " | » | Contratos al vuelo | 1 | Minguez, Rubio y Espino | L. y M. |
| » | » | Currito | 1 | Macarro y Liñan | L. y M. |
| » | » | Curriyo el Esquilaor | 1 | D. Gabriel Merino | L. |
| » | » | Dos excéntricos | 1 | Angel Rubio | M. |
| 4 | 2 | El chiripero | 1 | Sres. Luis Cocat y Reig | L. y M. |
| » | » | El faldon de la levita | 1 | D. Isidoro Hernandez | M. |
| " | " | El grito del pueblo | 1 | Salvador María Granés | L. |
| » | » | El lápiz mágico | 1 | Tomás Reig | M. |
| 4 | 1 | El mono Tom Kong | 1 | Sres. Santa María y Reig | M. y 1[2 L. |
| » | » | El proceso del sainete | 1 | Navarro y Reig | L. y M. |
| » | » | El rosario de mi Aurora | 1 | Macarro y Liñan | L. y M. |
| » | » | El tambor mayor | 1 | D. F. Jaques | L. |
| » | » | El 93 | 1 | Francisco Macarro | L. |
| 9 | 5 | Ellos y nosotros (segunda parte de «¡Eh, á la plaza!») | 1 | Sres. Pina, Burgos y Rubio | L. y M. |
| " | " | Enredos y compromisos | 1 | D. José Olier | L. |
| " | " | Escapar con suerte | 1 | Sres. Minguez, Rubio y Espino | L y M. |
| 3 | 3 | Flamencomania | 1 | Castilla, Navarro y Rubio | L. y M. |
| » | » | Fortuna te dé Dios, hijo | 1 | D. Calisto Navarro | L. |
| 3 | 2 | Golpes, fagina y retreta | 1 | Sres. Cardin y Cabas | L. y M. |
| " | " | ¡Hoy sale, hoy! | 1 | Búrgos, Luceño, Barbieri y Chueca | L. y M. |
| 2 | 2 | Jugar con trampa | 1 | Diaz Barroso y Reig | L. y M. |
| » | " | La abuela | 1 | Sres Vega, Chueca y Valverde | L. y M. |
| » | " | La mano blanca | 1 | D. Angel Rubio | M. |
| 7 | 4 | La mantilla blanca | 1 | Sres. Gorriz, Rubio y Espino | M. y 1[2 L |
| 7 | 4 | La oracion de San Antonio | 1 | D. Pedro Escamilla | L. |
| " | " | La salsa y los caracoles | 1 | C. Navarro | 1[2 L. |
| 3 | 2 | Meterse en honduras | 1 | Gorriz, Rubio y Espino | L. y M. |
| » | » | Otelo y Desdémona | 1 | D. Calisto Navarro | 1[2 L. |
| » | » | Para casa de los padres | 1 | Mariano Pina | L. |
| » | » | Para palabra, Aragon | 1 | I. Hernandez | M. |
| 3 | 1 | ¡Pobre Gloria! | 1 | Eusebio Sierra | L. |
| 14 | 4 | Política y tauromaquia | 1 | Sres. Búrgos, Rubio y Espino | L. y M. |
| " | " | Por una credencial | 1 | Saquero y Poveda | L. y M. |
| » | » | Por una leccion | 1 | D. Juan Sanchez Sierra | M. |
| » | » | ¡Quién fuera liebre! | 1 | Sres. Rubio y Espino | M. |
| " | " | Quien más mira | 1 | D. I. Hernandez | M. |
| 6 | 3 | ¡Salero, vivan los toros! | 1 | F. Perez Collantes | L. |
| » | » | Tersícore y Elío | 1 | Francisco Macarro | L. |
| 6 | 4 | Tipos al amanecer | 1 | Sres. Eguilaz y S. Rubio | L. y M. |
| » | » | Todos artistas | 1 | D. Juan Sanchez Sierra | M. |
| » | » | Trabajo perdido | 1 | Salvador Lastra | L. |
| » | » | Un lio en el ropero | 1 | Tomás Reig | M. |
| 3 | 1 | Valiente pesca | 1 | Sr. Hernandez | M. |
| 5 | 1 | Valiente sobrino | 1 | Sres. Cardin y Zapata y Rey | L. y M. |
| " | " | Vivitos y coleando | 1 | Lastra, Ruesga y Prieto, Chueca y Estremera | L. y M. |
| » | » | De Cádiz al Puerto | 2 | Flores García y Romea, Rubio y Espino | L. y M. |
| » | » | De la noche á la mañana | 2 | Lastra, Ruesga, Prieto, Chueca y Valverde | L. y M. |
| » | » | ¡Eh, á la plaza! y Ellos y nosotros | 2 | Pina, Burgos y Rubio | L. y M. |
| " | " | España pintoresca | 2 | Gorriz, Rubio y Espino | L. y M. |
| " | " | ¡Hatchis! (*Revista*) | 2 | Perillan, Rubio y Espino | L. y M. |
| » | » | Ida y vuelta | 2 | D. C. Navarro | 1[2 L. |
| » | » | La perla de Triana | 2 | J. Casino | M. |
| » | » | Manolito | 2 | Sres. Burgos, Rubio y Espino | L. y M. |
| » | » | Noches de Madrid | 2 | D. Tomás Reig | 1[2 M. |
| » | » | Una semana en Madrid | 2 | R. Carrion y Pina Dominguez | L. |
| » | » | El capitan Centellas | 3 | Sres. Herranz y Almagro | L. y 1[2 M. |
| » | » | Fatinitza | 3 | D. Franz Suppé | Ejemplares. |
| 4 | 2 | La cruz de fuego | 3 | José Estremera | L. |
| 19 | 7 | Los mosqueteros grises | 3 | Sres. Serrat y Weiler | 1[2 L. |
| 10 | 2 | San Franco de Sena | 3 | Estremera y Arrieta | L. y M. |

# PUNTOS DE VENTA

## MADRID

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado,* y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja,* calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas.

## PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de esta Administracion.

---

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.